

II. CARTA Publicada ya bajo el nombre de SAN JERÓNIMO, SOBRE LOS DOCE DOCTORES A DESEO Ya bajo el nombre de BEDE, SOBRE LAS LUMINARIAS DE LA IGLESIA. (G,S)

CENSURA.

Se malgasta el ocio quien intenta demostrar con muchos argumentos que esta obra no es de Jerónimo, sino el fruto de un autor ocioso. Las numerosas asperezas del lenguaje, las circunlocuciones insípidas, los enormes errores de tiempos y orden, y para no decir algo peor, los juicios perversos sobre los Escritores, irritan continuamente a los estudiosos de la gloria jeronimiana, que consideran indigno que tales disparates se atribuyan al nombre del gran Doctor. Sin embargo, no por eso Erasmo lo acusó justamente de necedad, al señalar que cuando el Autor había profesado que hablaría sobre las Luminarias que brillan en todo el firmamento del mundo, incluyó a Pelagio, Joviniano y otros similares como si fueran sombras. No los coloca entre las luces de la Iglesia, cuyas escrituras reprueba y no niega que están infectadas de veneno y hiel. Y dice: "Diré pocas cosas sobre los Escritores de manera muy clara". Más bien, debería haberse criticado que menciona a Hilario como Papa en el segundo capítulo, quien sucedió a San León y se destacó mucho después de la muerte de Jerónimo. Pero no creo que fuera tan torpe y estúpido como para ignorar esto; más bien, fue culpa de los copistas que se introdujera el nombre del obispo que él no escribió. Ciertamente, me convencen las palabras anteriores, en las que se alude al mismo Lucifer de Cagliari: "Hilario", dice, "Lucifer de los Romanos". Digo esto para que el autor seudónimo no sea más censurado de lo que parece merecer. Sin embargo, por esta única razón, agrego esta pequeña obra suya y la reviso también según la fe de los manuscritos, para que el lector, ya sea erudito o no, no eche de menos nada que pertenezca a Jerónimo.

961 JERÓNIMO A DESEO.

Ahora deseas fervientemente, mi hermano Deseo, que te hable claramente sobre las luminarias que brillan en todo el firmamento del mundo, sobre los Escritores que pudieron traernos a la luz de la consideración espiritual muchas cosas de las oscuridades que, debido a la mente carnal, impiden la comprensión. Pero temo, como Susana, hija de Helcías, que en mí se cumpla la sentencia de los presbíteros con juicio injusto, diciendo: "Estoy angustiado por todas partes". Y yo también estoy angustiado. Si quiero reprender a alguno de ellos, me atraeré adversarios y enemistades por todas partes. Pero si no quiero, nunca encontrarás lo que pediste. Sin embargo, parece mejor condenar la voluntad de uno solo que pasar por alto o despreciar los consejos de muchos, porque cada uno de ellos mereció ser alabado diligentemente en las Escrituras sagradas, pero tocaré a todos brevemente y con amor, para cumplir pacíficamente con ambos.

I. Agustín, obispo, volando por las cumbres de los montes como un águila, y sin considerar lo que sucede en las raíces de los montes, pronuncia con claro discurso muchos espacios de los cielos, las posiciones de las tierras y el círculo de las aguas. Porque quien quiere subir a un árbol fructífero, se apresura poco a poco a recoger los frutos más altos y mayores, dejando las ramas cercanas para los pequeños. Pero nosotros, que somos pequeños, débiles y menores, si podemos recoger lo inferior, nos irá bien.

963 II. Hilario, obispo de los Romanos, Lucifer y lámpara de las Iglesias, y piedra preciosa a la que apenas ascienden las cosas mortales, habla con hermoso discurso y boca de oro. Aunque algunas cosas pudieron haber caído al borde del camino, sin embargo, de él surgió una gran cosecha en las Escrituras.

III. Orígenes Adamancio, pensando en cosas más altas y mayores, y no pudiendo soportar su propio ingenio, mientras habla de una cosa, se enreda en otra. Y cuando pensó en estas cosas con demasiado ardor de mente, se cargaba con mayores pesos, y al no poder avanzar así, fue arrastrado a una gran ruina, de modo que su ruina preparó doctrinas a través de algunas seducciones inapropiadas, y condujo a muchos del camino recto a otro camino, y su veneno, como voces tintineantes y cantos de sirenas, pudo matar a muchos. Mejor que todos en lo bueno, peor en lo malo. Sin embargo, muchos testifican que algunos de sus peores discípulos publicaron muchas cosas venenosas bajo su nombre.

IV. Eusebio de Cesarea, clave de las Escrituras y guardián del Nuevo Testamento, es considerado mayor en las escrituras por los griegos. Escribió los Cánones de los cuatro Evangelios, y once [o quince] libros de historia eclesiástica, que narran y custodian el Nuevo Testamento, y el Χρονικὸν, es decir, un breve resumen de los tiempos. Estas tres son las obras más destacadas que testifican sobre él, y nunca encontramos a nadie que pudiera imitar sus huellas.

V. Heliodoro, presbítero, mirando una casa amplísima a través de un pequeño agujero, intentando abrir puertas cerradas y sin tener llaves, apenas pudo sacar a la luz unas pocas cosas, pero lo que pudo narrar, lo narró fielmente.

VI. Ambrosio, hermano, arrebatado por la pluma de las profundidades y volador del aire, mientras entra en lo profundo, parece recoger fruto de lo alto. Y todas sus sentencias son columnas firmes de la fe de la Iglesia y de todas las virtudes.

964 VII. Dardano, tomando muchas cuestiones con astucia mental, sin romper la nuez alrededor del núcleo, habla con confianza de muchas cosas imposibles de las Escrituras.

VIII. A Paulino le pareció ser maestro, y no era antes discípulo, e intentó que el fruto surgiera sin raíz. Por eso sus escritos no necesitan escritor ni papel.

IX. Pelagio, de quien se habla entre los fieles, sobre quien también tengo una grave causa de disputa, sus palabras han sido anunciadas casi en todo el mundo, a quien todas las Iglesias admiran como un lobo del bosque, componiendo un color dorado sobre un veneno negro, mezcló la fuente dulce del primer miel con la malicia de la amargura.

X. Joviniano, con rostro alegre y corazón áspero, mezclando un dulce licor con hiel, hizo beber a muchos, y componiendo sentencias contrarias por odio a las ocasiones, las presentó a los cristianos, y me aflige y atormenta continuamente con infinitas cuestiones, aunque en todas laborioso.

XI. Julio [o Juliano] Africano, cuyo rastro todos los orientales y meridionales investigan diligente y unánimemente en las semanas de Daniel, construyó todos los espacios de tiempo con toda pericia y discurso continuo, y nunca se ha dado contradicción alguna en todo el mundo a lo que se ha dicho por él.

XII. Favonio, culpable de muchas cosas, intentó con dura sentencia y con fuerza introducir todas las cosas más difíciles, y como quien no puede navegar contra las olas del mar, ni nadar contra la corriente de un torrente de agua, así todo lo que escribió contra las Escrituras sagradas no podía oponerse: Por eso son como una sombra al lado de un hombre.

Hilario, del Catálogo de Jerónimo, cap. 100.

Dámaso, del cap. 103.

Gregorio Nacianceno, del cap. 117.